

ción primitiva, común á los pueblos y razas más diversas, otros cuentos de Trancoso, por ejemplo, el de la reina virtuosa y la envidia de sus hermanas, que la acusan de parir diversos monstruos, con los cuales ellas suplantán las criaturas que la inocente heroína va dando á luz. Innumerables son los paradigmas de esta conseja en la literatura oral de todos los países, como puede verse en los eruditísimos trabajos de Reinhold Köhler y de Estanislao Prato (1), que recopilan á este propósito cuentos italianos, franceses, alemanes, irlandeses, escandinavos, húngaros, eslavos, griegos modernos, en número enorme. Sin salir de nuestra Península, la encontramos en Andalucía, en Portugal, en Cataluña, y ni siquiera falta una versión vasca recogida por Webster (2). La novelística literaria ofrece este tema con igual profusión en *Las Mil y una noches*, en Straparola (n. 4, fáb. III); en la *Posilecheata* del obispo Pompeyo Sarnelli, publicada por Imbriani (cuento tercero); en Mad. D'Aulnoy, *La Princesse Belle-Etoile et le prince Chévi*. Carlos Gozzi le transportó al teatro en su célebre *fiaba filosofica "L'Augellino belverde"*, y D. Juan Valera le rejuveneció para el gusto español con la suave y cándida malicia de su deleitable prosa. Un nexo misterioso pero indudable, ya reconocido por Grimm, enlaza este cuento con el del caballero del Cisne y con las poéticas tradiciones relativas á Lohengrin. Tan extraordinaria y persistente difusión indica un simbolismo primitivo, no fácil de rastrear, sin embargo, aun por la comparación de las versiones más antiguas. La de Trancoso conserva cierta sencillez relativa, y no está muy alejada de las que Leite de Vasconcellos y Teófilo Braga han recogido de boca del pueblo portugués en nuestros días.

Persisten del mismo modo en la viva voz del vulgo el cuento del *real bien ganado* que conduce á un piadoso labriego al hallazgo de una piedra preciosa, y el de "quien todo lo quiere, todo lo pierde", fundado en una estrategia jurídica que altera el valor de las palabras. Y aunque todavía no se hayan registrado versiones populares de otras consejas, puede traslucirse el mismo origen en la de "la buena suegra", que tanto contrasta con el odioso papel que generalmente se atribuye á las suegras en cuentos y romances, y que en su desarrollo ofrece una situación análoga á la astucia empleada en la comedia de Shakespeare *All's well that ends well*, cuyo argumento está tomado, como se sabe, del cuento decameroniano de Giletta de Narbona (n. 9, giorn. III). Obsérvese que Trancoso conocía también á Boccaccio, pero en este caso no le imita, sino que coincide con él.

De *El Conde Lucanor* no creemos que tuviese conocimiento, puesto que

(1) A las comparaciones hechas por el primero en sus notas á los *Awarische Texte* de A. Schiefner (n. 12) hay que añadir la monografía del segundo sobre *Quattro Novelline popolari livornesi* (Spoleto, 1880). Una nota de Teófilo Braga, que excuso repetir (II, 192-195), resume estas indagaciones. Pero para estudiarlas á fondo, habrá que recurrir siempre á los fundamentales trabajos de Köhler (*Kleinere Schriften zur Märchenforschung von Reinhold Köhler. Herausgegeben von Johannes Bolte*, Weimar, 1898, pp. 118, 143, 565 y ss).

(2) *Basque Legends: collected, chiefly in the Labourd, by Rev. Wentworth Webster*... Londres, 1879, pág. 176.

la edición de Argote es del mismo año que la primera de los *Contos*; pero en ambas colecciones es casi idéntico el ejemplo moral que sirve para probar la piadosa máxima: "Bendito sea Dios, ca pues él lo fizo, esto es lo mejor"; salvo que en Trancoso queda reducido á la condición de médico el resignado protagonista de la pierna quebrada, que en la anécdota recogida por D. Juan Manuel tiene un nombre ilustre: D. Rodrigo Meléndez de Valdés, "caballero mucho honrado del reino de Leon". Los nombres y circunstancias históricas es lo primero que se borra en la tradición y en el canto popular.

El cuento "del hallazgo de la bolsa" se halla con circunstancias diversas en Sercambi, en Giraldi Cinthio y en Timoneda (1); pero la versión de Trancoso parece independiente y popular, como lo es también el cuento de "los dos hermanos", que en alguna de sus peripecias (el pleito sobre la cola de la bestia, transportado por Timoneda á la *patraña* sexta y no olvidado por Cervantes en *La Ilustre Fregona*), pertenece al vastísimo ciclo de ficciones del "justo juez", que Benfey y Köhler han estudiado minuciosamente comparando versiones rusas, tibetanas, indias y germánicas.

La parte de invención personal en los cuentos de Trancoso debe de ser muy exigua, aun en los casos en que no puede señalarse derivación directa. Nadie le creará capaz de haber inventado un cuento tan genuinamente popular como el "del falso príncipe y el verdadero", puesto que son *folklóricos* todos sus elementos: la fuerza de la sangre, que se revela por la valentía y arrojo en el verdadero príncipe, y por la cobardía en el falso é intruso, y el casamiento del héroe con una princesa, que permanece encantada durante cierto tiempo, en forma de vieja decrepita. Cuando Trancoso intenta novelar de propia minerva, lo cual raras veces le acontece, cae en lugares comunes y se arrastra lánguidamente. Tal le sucede en el cuento del hijo de un mercader, que en recompensa de su piedad llegó á ser rey de Inglaterra (cuento II de la 2.<sup>a</sup> parte). Trancoso parece haberle compaginado con reminiscencias de libros caballerescos, especialmente del *Oliveros de Castilla*. Es una nueva versión del tema del muerto agradecido. Los agradecidos son aquí dos santos, cuyas reliquias había rescatado en Berbería el héroe de la novela, y que con cuerpos fantásticos le acompañan en su viaje y le hacen salir vencedor de las justas en que conquista la mano de la princesa de Inglaterra.

Los cuentos de Trancoso en que debe admitirse imitación literaria son los menos. De Boccaccio trasladó, no sólo la *Griselda*, sino también la historia de los fieles amigos Tito y Gisipo (*Decameron*, giorn. X, n. 8), transportando la acción á Lisboa y Coimbra. De Bandello, la novela XV de la Parte 2.<sup>a</sup>, en que se relata aquel acto de justicia del Duque Alejandro de Médicis, que sirve de argumento á la comedia de Lope de Vega *La Quinta de Florencia* (2). De las *Noches* de Straparola, tomó recortándola mucho, la primera

(1) Recuérdese lo que hemos dicho en la página LVII, nota 2.<sup>a</sup>

(2) Part. 1.<sup>a</sup>, nov. XIV. "Alessandro duca di Firenze fa che Pietro sposa una mugnaja che aveva rapita, e le fa far molto ricca dote".

En el cuento siguiente de Trancoso (VII de la 3.<sup>a</sup> Parte) hay alguna reminiscencia

novela, que persuade la conveniencia de guardar secreto, especialmente con las mujeres, y de ser obediente á los consejos de los padres. El cuento está muy abreviado, pero no empeorado, por Trancoso, y el artificio de simular muerto un neblí ó halcón predilecto del Marqués de Monferrato, para dar ocasión á que la mujer imprudente y ofendida delate á su marido y ponga en grave riesgo su vida, es nota característica de ambas versiones, y las separa de otras muchas (1), comenzando por la del *Gesta Romanorum* (2).

Giraldi Cinthio suministró á la colección portuguesa dos novelas, es á saber, la quinta de la primera década, en que el homicida, cuya cabeza ha sido pregonada, viene á ponerse en manos de la justicia para salvar de la miseria á su mujer é hijos con el precio ofrecido á quien le entregue muerto ó vivo (3); y la primera de la década segunda, cuyo argumento en Trancoso, que sólo ha cambiado los nombres, es el siguiente: Aurelia, princesa de Castilla, promete su mano al que le traiga la cabeza del que asesinó á su novio Pompeyo. El incógnito matador Felicio, que había cometido su crimen por amor á Aurelia, vuelve del destierro con nombre supuesto, y después de prestar á la Princesa grandes servicios en la guerra contra el Rey de Aragón su despedido pretendiente, pone su vida en manos de la dama, la cual, no sólo le perdona, sino que se casa con él, cumpliendo lo prometido (4). En la primera de estas leyendas fundó Lope de Vega su comedia *El Píadoso Veneciano*.

Si á esta media docena de novelas añadimos el conocido apólogo del codicioso y el envidioso, que puede leerse en muchos libros de ejemplos, pero que Trancoso, como maestro de latinidad que era, tomó probablemente de la fábula 22 de Aviano, que es el texto más antiguo en que se encuentra (5),

(pero sólo al principio) de la novela XV, parte 2.ª, de Bandello (“Bell’ atto di giustizia fatto da Alessandro Medici, duca di Firenze contra un suo favorito cortegiano”).

(1) En las notas de Valentin Schmidt á su traducción alemana de algunas novelas de Straparola puede verse una indicación de ellas.

*Märchen-Saal. Sammlung alter Märchen mit Anmerkungen; herausgegeben von Dr. Friedr. Wilh. Val. Schmidt. Erster Band. Die Märchen des Straparola*, Berlín, 1817.

Pero es mucho más completo el trabajo de G. Rua, *Intorno alle “Piacevoli Notti” dello Straparola (Giornale Storico della letteratura italiana, vol. XV y XVI, 1890)*.

(2) Cap. 124. “Quod mulieribus non est credendum, neque archana committendum, quoniam tempore iracundiae celare non possunt”. Ed Oesterley, p. 473. Trae copiosa lista de paradigmas en la página 732.

(3) “Pisti è dannato per micidiale, e gli è levato tutto l’ hauere, e son promessi premi a chi l’ uccide, o vivo il dà nelle mani della giustitia; Egli si fa offerire a’ Signori, é libera la familia da disagio, é se da pericolo. (Novella 5, prima deca de *Gli Hecatommithi*).

(4) “Caricatea ama Pompeo, Diego innamorato della giouane, l’ uccide; Ella promette di darsi per moglie á chi le da il capo di Diego. Le moue guerra il Re di Portogallo. Diego la difende, e fa prigionie il Re, poscia si pone in podestà della Donna, e ella lo pliglia per marito” (*Novella 1... seconda deca*).

(5) Jupiter ambiguas hominum praediscere mentes,  
Ad terras Phoebum misit ab arce poli.  
Tunc duo diversis poscebant numina votis;  
Namque alter cupidus, invidus alter erat.  
His sese medium Titan; scrutatus utrumque,  
Obtulit, et precibus ut peteretur, ait:  
Praestabit facilis; nam quae speraverit unus,  
Protinus haec alter congeminata feret.  
Sed cui longa jecur nequeat satiare cupido,

tendremos apurado casi todo lo que en su libro tiene visos de erudición y es fruto de sus lecturas, no muchas ni variadas, á juzgar por la muestra. Ni estas imitaciones ocasionales, ni el fárrago de moralidades impertinentes y frías que abruma los cuentos, bastan para borrar el sello hondamente popular de este libro, que no sólo por la calidad de sus materiales, sino por su estilo fácil, expresivo y gracioso, es singular en la literatura portuguesa del siglo XVI, donde aparece sin precedentes ni imitadores. Los eruditos pudieron desdeñarle; pero el pueblo siguió leyéndole con devoción hasta fines del siglo XVIII, en que todavía le cita un poeta tan culto y clásico como Filinto Elysio: “os *Contos de Trancoso*, do tempo de nossos avoengos”. Filinto se complacía en recordarlos y no desdeñaba tampoco (caso raro en su tiempo) los de tradición oral, “contos que ouvi contar ha mais de setenta é dois annos”, como las *Tres Cidras do Amor*, *Joao Ratao* y la *Princesa Doninha*. “Com ó titulo da *Gata Borralheira*, contava minha mae á historia de *Cendrillon*. E nunca minha mae soube francez” (1).

El cuento literario medró muy poco en Portugal después de Trancoso. Si alguno se halla es meramente á título de ejemplo moral en libros ascéticos ó de materia predicable, como el *Baculo pastoral de Flores de Exemplos* de Francisco Saraiva de Sousa (1657), el *Estímulo pratico*, la *Nova floresta de varios Apophtegmas* y otras obras del P. Manuel Bernardes, ó en ciertas misceláneas eruditas del siglo XVIII, como la *Academia Universal de varia erudicao* del P. Manuel Consciencia, y las *Horas de Recreio nas ferias de maiores estudos* del P. Juan Bautista de Castro (1770). Sólo los estudios folklóricos de nuestros días han hecho reverdecer esta frondosa rama de la tradición galai-co-lusitana, cuya importancia, literaria por lo menos, ya sospechaba un preclaro ingenio de principios del siglo XVII, que intentó antes que otro alguno reducir á reglas y preceptos el arte infantil de los contadores, dándonos de paso una teoría del género y una indicación de sus principales temas. Me refiero al curioso libro de Francisco Rodríguez Lobo *Corte na aldeia é noites de inverno*, de que más detenidamente he de tratar en otra parte de los presentes estudios, puesto que por la fecha de su primera edición (1619) es ya posterior á las *Novelas* de Cervantes. Pero no quiero omitir aquí la mención de los dos curiosísimos diálogos décimo y undécimo, en que presenta dos tipos contrapuestos de narración, una al modo italiano (*Historia de los amores de Aleramo y Adelasia—Historia de los amores de Manfredo y Eurice*), otro al modo popu-

Distulit admotas in nova luca preces:  
Spem sibi confidens alieno crescere voto,  
Seque ratus solum munera ferre duo.  
Ille ubi captantem socium sua praemia vidit,  
Supplicium proprii corporis optat ovans.  
Nam petit extincto ut lumine degeret uno,  
Alter ut, hoc duplicans, vivat utroque carens.  
Tunc sortem sapiens humanam risit Apollo,  
Invidiaeque malum rettulit inde Jovi.  
Quae dum proventis aliorum gaudet iniquis,  
Laetior infelix et sua damna cupit.

(1) Vid. T. Braga, II, 27.

lar "con más bordones y muletas que tiene una casa de romería, sin que falten términos de viejas y remedios de los que usan los descuidados". Con este motivo establece una distinción Rodríguez Lobo entre los *cuentos* y las *historias* (sinónimo aquí de las *novelle* toscanas), donde puede campear mejor "la buena descripción de las personas, relación de los acontecimientos, razón de los tiempos y lugares, y una plática por parte de algunas de las figuras que mueva más á compasión y piedad, que esto hace doblar después la alegría del buen suceso", en suma todos los recursos patéticos y toda la elegancia retórica de Boccaccio y sus discípulos. "Esta diferencia me parece que se debe hacer de los cuentos y de las historias, que aquéllas piden más palabras que éstos, y dan mayor lugar al ornato y concierto de las razones, llevándolas de manera que vayan aficionando el deseo de los oyentes, y los *cuentos* no quieren tanta retórica, porque lo principal en que consisten está en la gracia del que habla y en la que tiene de suyo la cosa que se cuenta".

"Son estos cuentos de tres maneras: unos fundados en descuidos y desatientos, otros en mera ignorancia, otros en engaño y sutileza. Los primeros y segundos tienen más gracia y provocan más á risa y constan de menos razones, porque solamente se cuenta el caso, diciendo el cortesano con gracia propia los yerros ajenos. Los terceros sufren más palabras, porque debe el que cuenta referir cómo se hubo el discreto con otro que lo era menos ó que en la ocasión quedó más engañado..."

De todos ellos pone Rodríguez Lobo multiplicados ejemplos y continúa enumerando otras variedades: "Demás destos tres órdenes de cuentos de que tengo hablado hay otros muy graciosos y galanos, que por ser de descuidos de personas en quien había en todas las cosas de haber mayor cuidado, no son dignos de entrar en regla ni de ser traídos por ejemplo. Lo general es que el desatiento ó la ignorancia, donde menos se espera, tiene mayor gracia. Después de los cuentos graciosos se siguen otros de sutileza, como son hurtos, engaños de guerra, otros de miedos, fantasmas, esfuerzo, libertad, desprecio, largueza y otros semejantes, que obligan más á espanto que á alegría, y puesto que se deben todos contar con el mismo término y lenguaje, se deben en ellos usar palabras más graves que risueñas".

Trata finalmente de los dichos sentenciosos, agudos y picantes, dando discretas reglas sobre la oportunidad y sazón en que han de ser empleados: "Los cuentos y dichos galanes deben ser en la conversación como los pasamanos y guarniciones en los vestidos, que no parezca que cortaron la seda para ellos, sino que cayeron bien, y salieron con el color de la seda ó del paño sobre que los pusieron; porque hay algunos que quieren traer su cuento á fuerza de remos, cuando no les dan viento los oyentes, y aunque con otras cosas les corten el hilo, vuelven á la tela, y lo hacen comer recalentado, quitándole el gusto y gracia que pudiera tener si cayera á caso y á propósito, que es cuando se habla en la materia de que se trata ó cuando se contó otro semejante. Y si conviene mucha advertencia y decoro para decirlos, otra mayor se requiere para oírlos, porque hay muchos tan presurosos del cuento ó dicho que saben,

que en oyéndolo comenzar á otro, se le adelantan ó le van ayudando á versos como si fuera salmo; lo cual me parece notable yerro, porque puesto que le parezca á uno que contará aquello mismo que oye con más gracia y mejor término, no se ha de fiar de sí, ni sobre esa certeza querer mejorarse del que lo cuenta, antes oírle y festejarle con el mismo aplauso como si fuera la primera vez que lo oyese, porque muchas veces es prudencia fingir en algunas cosas ignorancia... Tampoco soy de opinión que si un hombre supiese muchos cuentos ó dichos de la materia en que se habla, que los saque todos á plaza, como jugador que sacó la runfla de algún metal, sino que deje lugar á los demás, y no quiera ganar el de todos ni hacer la conversación consigo solo" (1).

De estos "cuentos galantes, dichos graciosos y apodos risueños" proponía Rodríguez Lobo que se formase "un nuevo *Alivio de caminantes*, con mejor traza que el primero". Es la única colección que cita de las anteriores á su tiempo, aunque no debía de serle ignorada la *Floresta Española*, que es más copiosa y de "mejor traza". Aunque Rodríguez Lobo imita en cierto modo el plan de *El Cortesano* de Castiglione, donde también hay preceptos y modelos de cuentos y chistes, sus advertencias recaen, como se ve, sobre el cuento popular é indígena de su país, y prueban el mucho lugar que en nuestras costumbres peninsulares tenía este ingenioso deporte, aunque rara vez pasase á los libros.

Algunos seguían componiéndose, sin embargo, en lengua castellana.

El más curioso salió de las prensas de Valencia, lo mismo que el *Patrañuelo*, y su autor pertenecía á una familia de ilustres tipógrafos y editores, de origen flamenco, que constituyen al mismo tiempo una dinastía de humanistas (2). Aunque Sebastián Mey no alcanzó tanta fama como otros de su sangre, especialmente su doctísimo padre Felipe Mey, poeta y traductor de Ovidio, filólogo y profesor de Griego en la Universidad de Valencia, y hombre, en fin, que mereció tener por mecenas al grande arzobispo de Tarragona Antonio Agustín, es indudable, por el único libro suyo que conocemos, que tenía condiciones de prosista muy superiores á las de Timoneda, y que nadie, entre los escasos cuentistas de aquella Edad, le supera en garbo y soltura narrativa. La extraordinaria rareza de su *Fabulario* (3), del cual sólo conocemos dos

(1) Sigo, con algún ligero cambio, la antigua traducción castellana de Juan Bautista de Morales, impresa por primera vez en 1622.

(2) *Corte en aldea y noches de invierno de Francisco Rodríguez Lobo...* En Valencia: en la oficina de Salvador Fauli, año 1793. Diálogo X. "De la materia de contar historias en conversación". Diálogo XI. "De los cuentos y dichos graciosos y agudos en la conversación". PP. 276-355.

(3) Vid. Serrano y Morales, *La Imprenta en Valencia...* pp. 285-327. En la página 323 de este precioso libro está publicado el testamento de Felipe Mey, que nombra entre sus hijos á Sebastián, con lo cual queda plenamente confirmado lo que sobre este punto conjeturó D. Nicolás Antonio.

(3) *Fabulario en que se contienen fabulas y cuentos diferentes, algunos nuevos y parte sacados de otros autores; por Sebastian Mey. En Valencia. En la impresion de Felipe Mey. A costa de Filipo Pincinali a la plaza de Vilarasa.* 8.º, 4 hs. prls. y 184 pp.

Aprobación del Pavorde Rocafull, 20 de enero de 1613.—Escudo de Mey.—Prólogo. "Harto trillado y notorio es, á lo menos á quien tiene mediana lición, lo que ordena Platon en su Republica, encargando que las madres y amas no cuenten á los niños pa-

ejemplares, uno en la Biblioteca Nacional de Madrid y otro en la de París, ha podido hacer creer que era meramente un libro de fábulas esópicas. Es cierto que las contiene en bastante número, pero hay, entre los cincuenta y siete capítulos de que se compone, otros cuentos y anécdotas de procedencia muy diversa y algunos ensayos de novela corta á la manera italiana, por lo cual ofrece interés la indagación de sus fuentes, sobre las cuales acaba de publicar un interesante trabajo el joven erudito norteamericano Milton A. Buchanan, de las Universidades de Toronto y Chicago (1).

Exacto es al pie de la letra lo que dice Sebastián Mey en el prólogo de su *Fabulario*: "Tiene muchas fábulas y cuentos nuevos que no están en los otros (libros), y los que hay viejos están aquí por diferente estilo". Aun los mismos apólogos clásicos, que toma casi siempre de la antigua colección esópica (2), están remozados por él con estilo original y con la libertad

trañas ni cuentos que no sean honestos. Y de aquí es que no da lugar á toda manera de Poetas. Cierta con razon, porque no se habitue á vicios aquella tierna edad, en que facilmente, como en blanda cera, se imprime toda cosa en los animos, habiendo de costar despues tanto y aun muchas veces no habiendo remedio de sacarlos del ruin camino, á seguir el cual nos inclina nuestra perversa naturaleza. A todas las personas de buen juicio, y que tienen zelo de bien comun, les quadra mucho esta doctrina de aquel filosofo: como quepa en razon, que pues tanta cuenta se tiene en que se busque para sustento del cuerpo del niño la mejor leche, no se procure menos el pasto y mantenimiento que ha de ser de mayor provecho para sustentar el alma, que sin proporcion es de muy mayor perficion y quilate. Pero el punto es la execucion, y este es el fin de los que tanto se han desvelado en aquellas bienaventuradas republicas, que al dia de hoy se hallan solamente en los buenos libros. Por lo qual es muy acertada y santa cosa no consentir que lean los niños toda manera de libros, ni aprendan por ellos. Uno de los buenos para este efeto son las fabulas introduzidas ya de tiempo muy antigo, y que siempre se han mantenido: porque á mas de entretenimiento tienen doctrina saludable. Y entre otros libros que hay desta materia, podra caber este: *pues tiene muchas fabulas y cuentos nuevos que no están en los otros*, y los que hay viejos están aquí por diferente estilo. Nuestro intento ha sido aprovechar con él á la republica. Dios favorezca nuestro deseo".

Cada una de las fábulas lleva un grabadito en madera, pero algunos están repetidos.

(1) *Modern Language Notes*, Baltimore, junio y noviembre de 1906.

(2) Para que nada falte á la descripción de tan raro libro, pondremos los títulos de estas fábulas, con sus moralidades respectivas:

Fábula I. *El labrador indiscreto*. Es la fábula del molinero, su hijo y el asno, tomada probablemente de *El Conde Lucanor*, cap. 24 de la edición de Argote.

Quien se sujeta á dichos de las gentes, Ha de caer en mil inconvenientes.

Fáb. II. *El gato y el gallo*. Hipócritas pretextos del gato para matar al gallo y comérsele.

Con el ruin son por demás razones, Que al cabo prevalecen sus pasiones.

Es la fábula 4.<sup>a</sup> del "Isopo de la traslación nueva de Remigio" en la colección del infante Don Enrique.

Fáb. III. *El viejo y la muerte*.

Los hombres llaman á la muerte ausente, Mas no la quieren ver quando presente.

Fáb. IV. *La hormiga y la cigala*.

Quando estés de tu edad en el verano, Trabaja, porque huelgues cuando anciano.

Fáb. VI. *El álamo y la caña*.

Mas alcanza el humilde con paciencia, Que no el soberbio haciendo resistencia.

Fáb. VII. *La raposa y la rana*.

De la voz entonada no te admires, Sin que primero de quien sale mires.

Fáb. IX. *La raposa y las uvas*.

Quando algo no podemos alcanzar, Cordura dizen que es dissimular.

Fáb. XI. *El león, el asno y la raposa*.

Quando vemos el daño del vecino, No escarmentar en él es desatino.

propia de los verdaderos fabulistas. Hubiera podido escribir sus apólogos en verso, y no sin elegancia, como lo prueban los dísticos endecasílabos con que expresa la moralidad de la fábula, á ejemplo, sin duda, de D. Juan Manuel, puesto que la compilación de *Ejemplos* de Clemente Sánchez de Vercial debía serle desconocida. Con buen acuerdo prefirió la prosa. Interrumpida como estaba después del Arcipreste de Hita la tradición de la fábula en verso, hubiera tenido que forjarse un molde nuevo de estilo y dicción, como felizmente lo intentó Bartolomé Leonardo de Argensola en las pocas fábulas que á imitación de Horacio intercala en sus epístolas, y como lo lograron, cultivando el género más de propósito, Samaniego é Iriarte en el siglo XVIII, y creemos que la pericia técnica de Sebastián Moy no alcanzaba á tanto. Pero en la sabrosísima prosa de su tiempo, y con puntas de intención satírica á veces, desarrolla de un modo vivo y pintoresco, aun los temas más gastados. Sirva de ejemplo la fábula de *El lobo, la raposa y el asno*:

Fáb. XII. *La mujer y el lobo*.

La muger es mudable como el viento: De sus palabras no hagas fundamento.

Fáb. XIV. *El gallo y el diamante*.

No se precia una cosa, ni codicia, Si no es donde hay de su valor noticia.

Fáb. XV. *El cuervo y la raposa*.

Quando alguno te loa en tu presencia, Piensa que es todo engaño y apariencia.

Fáb. XVII. *El león y el ratón*.

No quieras al menor menospreciar, Pues te podrá valer en su lugar.

Fáb. XIX. *La liebre y el galápago*.

Hazienda y honra ganarás obrando, Y no con presuncion emperezando.

Fáb. XXI. *La rana y el buey*.

Con los mayores no entres en debate, Que se paga muy caro tal dislate.

Fáb. XXII. *El asno y el lobo*.

Entienda cada qual en su exercicio, Y no se meta en el ageno oficio.

Fáb. XXIV. *El consejo de los ratones*.

Ten por consejo vano y de indiscreto, Aquel del qual no puede verse efeto.

Fáb. XXV. *El grillo y la abeja*.

De su trabajo el hombre se alimenta, Y á gente vagamunda no sustentante.

Fáb. XXVII. *El lobo, la raposa y el asno*.

Si fueres docto, y no seras discreto, Seran tus letras de muy poco efeto.

Fáb. XXIX. *Las liebres y las ranas*.

Aunque tengas miseria muy notable, Siempre hallarás quien es más miserable.

Fáb. XXX. *El asno, el gallo y el león*.

Quien presume de sí demasiado, Del que desprecia viene á ser hollado.

Fáb. XXXI. *La raposa y el león*.

En aprender no tomes pesadumbre, pues lo hace fácil todo la costumbre.

Fáb. XXXIII. *El asno, el cuervo y el lobo*.

Para bien negociar, favor procura: Con él tu causa casi está segura.

Fáb. XXXIV. *El asno y el lobo*.

Uno que haziendo os mal ha envejecido, Si hazeros bien ofrece, no es creído.

Fáb. XXXV. *El ratón de ciudad y el del campo*.

Ten por mejor con quietud pobreza, Que no desasosiegos con riqueza.

Fáb. XXXVI. *La raposa y el vendimiador*.

Si con las obras el traydor te vende, En vano con palabras te defiende.

"Teniendo hambre la raposa y el lobo, se llegaron hacia los arrabales de una aldea, por ver si hallarian alguna cosa a mal recado, y toparon con un asno bien gordo y lucido, que estava paciendo en un prado; pero temiendose que por estar tan cerca de poblado corrian peligro si alli escutavan en él su designio, acordaron de ver si con buenas razones podrian apartarle de alli, por donde acercando á él la raposa, le habló de esta suerte: "Borriquillo, "borriquillo, de norabuena esteys, y os haga buen provecho la yerveca; "bien pensays vos que no os conozco, sabed pues que no he tenido yo en "esta vida mayor amiga que vuestra madre. Oh, qué honradaza era: no havia "entre las dos pan partido. Agora venimos de parte de un tio vuestro, que "detras de aquel monte tiene su morada, en unas praderias que no las hay en "el mundo tales: alli podreys dezir que hay buena yerba, que aqui todo es "miseria. El nos ha embiado para que os notifiquemos cómo casa una hija, "y quiere que os halley vos en las bodas. Por esta cuesta arriba podemos "ir juntos; que yo sé un atajo por donde acortaremos gran rato de camino". El asno, aunque tosco y boçal, era por extremo malicioso; y en viéndolos imaginó hazerles alguna burla; por esto no huyó, sino que se estuvo quedo y sosegado, sin mostrar tenerles miedo. Pero quando huvo oido á la raposa, aunque tuvo todo lo que dezia por mentira, mostró mucho contento, y començó á quejarse de su amo, diziendo cómo dias havia le huviera dexado, si no que le devia su soldada; y para no pagarle, de dia en dia le traia en palabras, y que finalmente solo havia podido alcançar dél que le hiziese una obligación de pagarle dentro de cierto tiempo, que pues no podia por entonces cobrar; a lo menos queria informarse de un letrado, si era bastante aquella escritura, la qual tenia en la uña del pie, para tener segura su deuda. Bolviose la raposa entonces al lobo (que ya ella se temió de algun temporal) y le preguntó si

Fáb. XXXVII. *La vieja, las moças y el gallo.*

Huir de trabajar, es claro engaño,  
Y de poco venir á grande daño.

Fáb. XXXIX. *El asno y las ranas.*

Quando un poco de mal te quita el tino,  
Mira el que tienen otros de contino.

Fáb. XL. *El pastor y el lobo.*

Al que en mentir por su plazer se em-  
[plea,  
Quando dize verdad, no hay quien le crea.

Fáb. XLII. *El labrador y la encina.*

Si favoreces al ruin, haz cuenta  
Que en pago has de tener dolor y afrenta.

Fáb. XLIII. *El leon enamorado.*

Los casamientos hechos por amores,  
Muchas veces son causa de dolores.

Fáb. XLIV. *La raposa y el espino.*

Acudir por socorro es grande engaño  
A quien vive de hazer á todos daño.

Fáb. XLVIII. *El Astrólogo.*

¿Qué certidumbre puede dar del cielo  
El que á sus pies aun ver no puede el  
[suelo?

Fábula L. *El leon enfermo, el lobo y la raposa.*

Algunas veces urde cosa el malo  
Que viene á ser de su castigo el palo.

Fáb. LII. *La raposa y la gata.*

Un arte vale más aventajada  
Que muchas si aprovechan poco ó nada.

Fáb. LIV. *Los ratones y el cuervo.*

Algunos, por inútiles contiendas,  
Pierden la posesion de sus haziendas.

sus letras podian suplir en semejante menester. Pero él no entendiéndola de grosero, muerto porque le tuviesen por letrado, respondió muy hinchado que havia estudiado Leyes en Salamanca, y rebuelto muchas vezes á Bartulo y Bartuloto y aun á Galeno, y se preciava de ser muy buen jurista y sofístico, y estava tan platico en los negocios, y tan al cabo de todo, que no daría ventaja en la plaça á otro ninguno que mejores sangrias hiziese; por el tanto amostrase la escritura, y se pusiese en sus manos, que le ofrecia ser su abogado para quanto huviese de cobrar el dinero, y hazer que le pagasen tambien las costas, y que le empeñava sobre ello su palabra; que tuviese buena esperanza. Levantó el asno entonces el pie, diziendole que leyese. Y quando el lobo estava más divertido en buscar la escritura, le asentó con entrambos piés un par de coces en el caxco, que por poco le hiziera saltar los sesos. En fin, el golpe fue tal, que perdido del todo el sentido, cayó el triste lobo en el suelo como muerto. La raposa entonces dándose una palmada en la frente. dixo assi: "Oh! cómo es verdadero aquel refran antiguo, que tan "grandes asnos hay con letras como sin letras". Y en diziendo esto, echó á huir cada qual por su cabo, ella para la montaña y el asno para el aldea".

Compárese esta linda adaptación con el texto castellano del siglo xv, mandado traduzir por el Infante de Aragón D. Enrique (Fábula 1.<sup>a</sup> entre las *extravagantes* del "Isopo"), y se comprenderá lo que habian adelantado la lengua y el arte de la narración durante un siglo. Con no menos originalidad de detalle, picante y donosa, están tratadas otras fábulas de la misma colección, donde ya estaban interpoladas, además de las esópicas, algunas de las que Mey sacó de Aviano, v. gr.: la *de fure et parvo*: "del mozo llorante y del ladrón". Un muchacho engaña á un ladrón, haciéndole creer que se le ha caído una jarra de plata en un pozo. El ladrón, vencido de la codicia, se arroja al pozo, despojándose antes de sus vestidos, que el muchacho le roba dejándole burlado. En la colección de Mey tiene el número 5.<sup>o</sup> y esta moraleja:

Al que engañado á todo el mundo ofende,  
Quien menos piensa, alguna vez le vende.

De las fábulas de animales es fácil el tránsito á otros apólogos no menos sencillos, y por lo general de la misma procedencia clásica, en que intervienen, principal ó exclusivamente, personajes racionales por ejemplo: "La Enferma de los ojos y el Médico" (1), "El avariento" (2), "El padre y los hijos", todas ellas de origen esópico. Baste como muestra el último:

(1) Es la fábula XLI de Mey y termina con estos versos:

Harta ceguera tiene la cuytada  
Que tuvo hazienda y no ve suyo nada.

(2) Fábula XXIII:

Si no he de aprovecharme del dinero,  
Una piedra enterrada tanto quiero.